

Gabilondo, Angel: *Mortal de Necesidad. La Filosofía, la salud y la muerte*, Madrid, ABADA, 2003.

María Susana Paponi

La distancia que hay entre hablar de la muerte y hablar como mortal - "mortal de necesidad"- es el eje de este libro al que el autor presenta como un "escrito sobre el decir, a partir del decir". Recorre de un modo particular, el pensamiento de diversos filósofos que marcan y acompañan el despliegue de "hablar de la muerte a partir de lo que nos dice nuestra condición más propia, la de amigos mortales".

De allí que el hilo conductor sea y se mantenga en toda su extensión, "la diferencia entre pensar en la muerte y pensar la muerte". De modo que la condición de eternamente mortales es la que nos pone en el movimiento del pensar "aquello en que consistimos". Este ejercicio filosófico es otro que el de tomar la muerte como objeto dado a un sujeto puesto que involucrados como estamos en la cuestión del morir, la muerte no es cuestión de representación.

Tampoco es un suceso que ha de acontecernos en la medida en que estamos inmersos en la finitud, sino que se centra en el acontecer mismo en que consiste. Por eso, el recorrido no busca preparar para la muerte ni otorgar técnicas de aceptación ni menos aun el olvido del duelo necesario.

"El cuidado de la muerte" se sigue en las varias lecturas/disquisiciones de la muerte de Sócrates. En la meditación de Platón, como "premeditación de la suya, como fecundidad de la vida y lectura filosófica", como aprendizaje y ejercicio que deviene "cuidado de sí". La "muerte ejemplar" a la que alude Montaigne -como la necesidad del conocimiento que cabe tener de la experiencia de la muerte de/l "otro", como la incapacidad para soportar la idea de la muerte- es lo que nos hace incapaces de sobrellevar el dolor. Sólo el cultivo de la paciencia y el mantener el alma y la razón en buen estado, puede al menos disimular el dolor. Ahora bien, puesto que el alma tiene capacidad de múltiples variaciones es necesario estudiarlas y analizarlas. Son necesarias las meditaciones y prácticas, para entre las múltiples posibilidades, dar un sesgo propio a "nuestro reposo y nuestra conservación".

Por tanto, según Montaigne, el aprender es un ejercicio para cultivar entre tantas razones y discursos, lo adecuado y conveniente -lejos de la desmesura- que cabe a cada quien. El aprender a morir, dado que la muerte

es la desmesura total, es una experiencia de sí mismo en al que dar forma a la libertad. Es decir considerarse a uno como mismo, es dar forma a la propia vida.

Así, no es extraño que Montaigne estime que los avatares del cuerpo —que de todos modos con más o menos detalles, no tiene más que una forma— no dejan de ser relatos sobre las peripecias del alma. Por eso el cuerpo no se reduce, más bien, se intensifica y se vuelve de vital importancia para la meditación sobre la muerte y la cuestión de la salud y la enfermedad; aún cuando la salud no se reduce a ausencia de enfermedad, la muerte no se agota en la enfermedad, puesto que no se muere por estar enfermo sino por estar vivo. He aquí el punto intrigante respecto del cuidado de sí, que no está dado por lo que llamamos monstruoso de la enfermedad, sino por su increíble banalidad. Lo monstruoso es la crueldad, la guerra, la tortura, esto es lo que hay que rechazar a través del examen específico de las realidades humanas, si se busca el bien, si se invoca a la Naturaleza.

La expresión *bildung* que Heidegger considera responde a la transformación y cambio de dirección de todo hombre en su esencia se vislumbra en los desplazamientos, procesos, tránsitos y sucesos en que consiste el cultivo del aprender. En esas realidades es el estado de necesidad el que retorna en el aprender, es decir “no la aparición del morir, sino el cultivo de lo que en su aprender resplandece de otro modo”.

En todo caso, el aprender significa el encuentro de la reconciliación con la muerte puesto que huir de la muerte no es querer ser hombre sino más bien no querer serlo. Ese aprendizaje es un tomar distancia de toda atadura y coacción, es la libertad lo que está en juego. Esta consideración en los *Essais* de Montaigne, hace de la filosofía y de la vida de los filósofos una meditación sobre la muerte, una preparación, que nos enseña a vivir de tal modo que si hemos sabido vivir firme y tranquilamente, sabremos morir de igual modo.

En una vuelta más de trinquete sobre el tema, el autor recorre el sentido de “el alma es inmortal” en la lectura que hace Hegel en las lecciones sobre Platón.

Pero es en el alcance que Hölderlin da al proceder del espíritu poético frente a lo infinito donde encontramos que “en vano busca el hombre en un estado demasiado subjetivo como en uno demasiado objetivo alcanzar su determinación”.

Heidegger propone hacerse cargo de la necesidad de invertir la lectura que trata de definir la muerte como un “haber llegado al fin puesto que las

estructuras de fin y totalidad se oponen antológicamente al “ser-ahí” puesto que no estar completo no es algo coyuntural sino constitución fundamental del “ser-ahí”. De estar completo o acabado, el “ser-ahí” ya no es. De modo que en este sentido, la muerte pierde su supuesta plenitud ya que es ilegítimo trasponer el acabarse de un ser vivo a la muerte del ser-ahí. La muerte no es un haber llegado y el estar en ella no es ni una preparación ni un lugar de paso, más bien es lo que propiamente singulariza al “ser-ahí”. Significa la “posibilidad de la imposibilidad sin medida de la existencia”.

Singularidad y particularidad del morir en tanto experiencia que nadie puede afrontar por otro. El morir del que muere es una posibilidad de su ser y el asunto es el del sentido ontológico de ese morir.

Es importante detenerse en el especial lugar al desplazamiento que hace Lévinas respecto de Heidegger, que no consiste sólo es hacerse cargo de la propia muerte, sino de la muerte por el otro o la muerte del otro dado que, Lévinas estima que la mismidad de sí mismo se instaure a partir del otro y viene a sí misma como responsable y mortal desde mi responsabilidad ante otro. Entonces, el morir como morir del otro afecta a la propia identidad.

Esto significa, que la muerte para Lévinas no es anonadamiento por un lado porque es la pregunta necesaria para que la relación con el infinito se produzca y por otro porque lo que acontece con la muerte del otro es también lo otro respecto de la propia muerte. De este modo, instituye la responsabilidad como un ofrecer la muerte, lo que significa, la propia ética del sacrificio.

Luego de dedicar el capítulo VI a la experiencia de la muerte en el lenguaje, se plantea la reflexión sobre la muerte y los modos del vivir, por lo tanto, sobre las “artes de la existencia” y “técnicas de sí”, es decir sobre la relación entre cuerpo y vida filosófica. Estas reflexiones introducen la posibilidad de pensar la transformación del ser del sujeto y la problematización en Foucault. En ese sesgo, la cuestión ya no es “cómo el sujeto humano se da a sí mismo, sino a través de qué condiciones históricas se dan las formas y procesos de constitución de los sujetos”.

Es sabido que en el pensamiento de Foucault, el cuerpo hace centro, no en el sentido de objeto de conocimiento, sino que permite definir las condiciones en las que problematizamos lo que somos, lo que hacemos y el mundo en que vivimos, produciendo un desplazamiento fructífero respecto del cuerpo filosófico.

Desde esta mirada, el cuerpo ya no es “un núcleo significativo mudo en el que se anuda la esencia y la existencia”, sino que se trata del análisis de la condición del cuerpo a nivel político y económico, en que se configura el cuidado de sí, los procesos de subjetivación y la relación con la verdad.

El último capítulo que quizás funcione también como conclusión, enlaza el terror y la belleza de la propia vida en términos de maravilla, tratando de proponer la invención de modos de existencia y de posibilidades de vida, capaces de movimiento intelectual para lo que “no bastan un discurso teórico impecable o sugestivo, urge ante todo, una manera de vivir”. De modo que lo que pueda llamarse “vida bella” no es obra acabada y mecánica sino más bien inconclusa y abierta, conmina a una tarea y en cuanto estilo, conlleva un comportamiento capaz de marcar huellas en tanto también somos lo que buscamos. Ser mortal “no es la distinción de una privación o insuficiencia de vida”, por el contrario, es coraje filosófico, coraje político, esto es, “creación de nuevas formas de vida, de relaciones, de amistad en la sociedad, el arte y la cultura, nuevas formas que se instaurarán a través de nuestras elecciones, sexuales, éticas, políticas”.